

PEQUEÑA ANTOLOGIA

Selección y notas de Roberto MEZA FUENTES.

Llegó la hora de los profundos
recogimientos. Las manos [tas
sobre los ojos contemplo el [mundo
de nuestro espíritu [de donde
[surgen
los pensamientos y los fantasmas.

64.- Alberto MORENO

SE CUMPLE CON ALBERTO Moreno un destino de silencio y olvido. Es uno de nuestros grandes malogrados. Como su íntimo amigo Pezoa Véliz cala en la entraña profunda de la chilenidad y en ella adivina una virtualidad de nueva poesía.

Tenemos un paisaje. ¿Dónde está nuestra alma? Al poeta toca expresarla. ¿Qué no tenemos tradiciones? ¿Será esto tan cierto como se repite con énfasis y hasta con morbosa complacencia? Pues, si no existen, a inventarlas, a crearlas, a animarlas. Que eso y no otra cosa quiere decir poetas: creador, animador, inventor, descubridor. Del canto de hoy nacen la leyenda y la tragedia de mañana.

En su esquivo retiro tenía Alberto Moreno algo de esa majestad de ídolo de Rubén Darío: casi no hablaba, se sumergía en un silencio que parecía significar la complacencia del varón que se sentía amado y la alegría del poeta que se sabía admirado y querido. Su lectura favorita eran LAS FLORES DEL MAL de Baudelaire. Hasta llegó a trazar un prólogo fervoroso del gran libro para un proyecto de edición chilena que nunca llegó a publicarse.

Tiene el chileno la expresión rotunda y maciza del maestro francés. Y, cuando, pensando en la gigante del poeta satánico, exalta su propia pasión amorosa hay que confesar que no queda lejos de su genial modelo. Su verso musculoso, y ágil conoce todos los secretos deleites de la vida porque este gran doloroso, éste atormentado por



ALBERTO MORENO

el enigma del amor y de la muerte, es un sensual que en el goce de la manzana lleva escondida la larva que habrá de minarle las entrañas del alma.

¿No es éste otro paralelismo, — observado ya en parte —, al destino de Pezoa Véliz? Malogrado como él en vida, unido a él en el silencio de las veredas de la muerte, la misma angustia los consume cuando le piden al amor sus goces extra-humanos.

Veo hoy a Alberto Moreno, a través de más de veinte años, en el ensimismamiento con que lo vi por primera vez en Valparaíso. Sin pronunciar palabra, se limitaba a sonreír con sonrisa llena de bondad. Primero en su oficina de la Municipalidad —, otra similitud con Pezoa Véliz: el destino municipal —; más tarde en su casa junto a la mujer que lo quería y a quien él amaba en verso y en prosa. Ella, con una fidelidad de alma chilena, tenía fe en esos poemas que escribía Alberto Moreno sin darles ninguna importancia. Ella no los entendía ni se preocupaba de entenderlos: le bastaba saber que eran como paltaciones de ese corazón generoso y bueno que estaba junto a su vida y los amaba como cosa suya. (Supa de él y de ella). Otra vez el recuerdo de Rubén:

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender...

Ella, ya ni el nombre recuerdo. ¿Vive? ¿Murió? era también su Francisca Sánchez. Como Francisca, Dios la había conducido a regar el árbol de la fe del poeta que, camino de Baudelaire, entre el perfume de unas flores que, envenenándolo, le penetraban el alma, se buscaba a sí mismo. ¡Pobre, grande y malogrado Alberto Moreno! ¿Qué hicimos por él? ¿Qué hemos hecho por el Espíritu, cuando, sin conocerlo, hemos cruzado junto a El el camino?

Con la sencillez de los verdaderamente grandes y buenos, el poeta escribía poemas en prosa y verso, admirables poemas, que iban rodando entre los amigos; que volvían; que no volvían; que se perdían o que rescataba para guardarlos como un tesoro la fidelidad vigilante de la compañera. Íntimos amigos de Alberto Moreno fueron O. Segura Castro y Juan Egaña. Creo que hasta alcanzaron a anunciar la publicación del libro único del poeta. Pero él, con su gesto de ídolo a lo Rubén, se encogía de hombros y apenas musitaba: ¿Para qué? Era un desdeñoso de las apariencias. Vivía sumergido en las esencias. Tienen algunos de sus poemas un sabor de iniciación en el ocultismo. Ama los estudios esotéricos. El misterio, ¡he allí la fuente de la poesía!, parece decir. No dice nada porque no confía a nadie el secreto de sus inquisiciones. Está divagando en torno de sí mismo. Está conversando consigo mismo. Y cuando hace una pausa, toma un trozo de papel y escribe: verso o prosa, siempre poesía.

Se muere y no publica su libro. Más tarde, en forma fragmentaria, lo hace la piedad filial de Nestali Agrella. Pero hay versos fundamentales de Alberto Moreno que no aparecen en la recopilación. Por ejemplo, los que esta alma gemela de Pezoa Véliz —y aquí habría otro motivo para apurar el paralelismo— dedica al organillo. Los leí hace años en una revista, ya no sé dónde ni cuándo. Pero, a través del tiempo y la distancia, perdura en mí el ritmo claudicante y asmático del organillo pobre:

que tatarea un dolor inmortal
en la tristeza del barrio sin sol.

¿Por qué este tema de lugar común adquiría en el verso de Alberto Moreno una presencia vital que le daba un sombrío y patético dramatismo? No era el mismo organillo colocado allí en la estrofa por necesidad del ritmo de la rima. Era un alma en pena el organillo de este poeta

grande entre los buenos y bueno entre los grandes:

Organillo, organillo trashumante...

Y después, internándose en la esencia de ese pobre artefacto desvencijado que va por el barrio como la imagen del fracaso:

Eres un pobre ataúd resonante
lleno de tiempo y de dolor aciago.

"Alberto Moreno—dice su fraternal amigo, comentador y compañero de afán lírico O. Segura Castro—es un Pezoa Véliz más refinado, más grande, más fuerte". Está por escribirse el estudio que dé a cada cual lo suyo. Por mi parte creo que la diferencia estriba en que, autoeducados ambos en el genio poético de Francia, miraba más Pezoa Véliz, que tan bellas páginas chileñas escribió, al preciosismo exótico y buceaba más hondamente Moreno, que exploró los secretos dominios metafísicos, en la auténtica, profunda, genuina realidad chilena. Todo esto habría que demostrarlo y explicarlo mediante largos desarrollos. Aquí sólo puede quedar enunciado.

Moreno había nacido en Chañaral en 1886. Su vida había transcurrido en Valparaíso sin aparentes disonancias. Estaba roto por dentro. Murió en 1918. ¿En 1918? Más bien entonces empezó a vivir en la memoria cordial de quienes ven en él al más grande de nuestros poetas malogrados.

REBELION

Cuando todos trabajan, yo me siento a la sombra de algún banco piadoso que a un árbol escombra, dando rienda suelta a mis sueños dispersos... Y así, tejiendo penas, voy tejiendo mis versos.

La multitud como una larga fila doliente, va persiguiendo asuntos en marea creciente; y me aíslan los ricos con sus miradas parcas, fraternizan los pobres que juegan en las charcas.

Y pienso que es inútil la lucha y los amores, el deber, el trabajo y otros tantos horrores, mientras no exista un ocio bizarro y soberano que ponga una luz nueva sobre el fastidio humano.

UNA MARITORNES

Morena, bravía y sólida,
sin lujos y sin histeria,
llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua de río,
— cuando estás en la taberna —
resucitan en los vasos
con nostálgica belleza.

Y tus ojos ciudadanos,
de hembra oscura, firme y nueva,
se cierran en un revulso
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansias
viviendo como ramera.

Y en los lechos mal pagados,
donde el goce apuñalea,
rezas tu oración antigua
olor a ruca y a selva.

ORGIASTICA

(De los apuntes de un bohemio)

"Qué valiente está mi alma cuando grandes orgías desvisten su ropaje de silencio mortal, y al alba que clarea reventan alegrías, se abren nuevas botellas, se entrechoca el cristal!

Qué valiente está mi alma! Qué firme y poderosa! El frío de la aurora y el sueño retrasado son los mágicos filtros de esta gloria pasmosa más pura y de realeza por nacer del pecado!

Delante los espejos — segunda vida vaga — los varones contemplan sus debilitamientos, y la charla temprana poco a poco se apaga... (como la juventud con los goces violentos).

Las mujeres tendidas en posturas obscenas, aun conservan siempre sus tristezas secretas, porque están destinadas a matar tanta penas, porque son aún mujeres estas pobres grisetitas!

Y pasar largas horas con el cuerpo sin centro, estragado al fastidio, distendidos los nervios: con el regusto de alma que nos viene de adentro, lleno de ansias astrales y desnudos soberbios!

El alba verde, trémula, hechiza las ventanas. Perfume agrio. Tabaco! Un infame ronquido... El comercio ya mueve sus labores tempranas y algo nos reivindica de haber así vivido!"

ALMA MODERNA

Pobrecita el alma mía,
tanto tiempo que estás sola,
tanto tiempo sin tu madre
y tanto tiempo que lloras!

Pobrecita el alma mía,
sin un amor y sin gloria,
sin esperanzas, sin credos,
sin olvidos, sin aurora.

Tus sueños asesinados
por la gente que devora,
vagas sin rumbo y sin odio,
sin báculo y sin corona.

Pobrecita el alma mía,
deja mi cuerpo en buena hora:
¿no ves que soy un cadáver
sin ataúd y sin fosa?

MI GIGANTA

(A Carlos Baudelaire, como inspirador)

Maestro: yo no sueño con las gigantas tuyas; tengo una mujer viva, más real y fabulosa; es moderna, vibrante — para que tú la instruyas de los raros progresos de esta edad contagiosa.

Mi giganta no tiene las perezas serenas, no es matrona, ni diosa ni estatua simbolista; sus carnes, sus ensueños, sus linfas y sus venas, son savias, floraciones, de una magia ealista.

Si la vieras, poeta, con su gran compostura, tú que siempre soñabas artificios extraños; en sus pasos ambiguos y en su inmensa figura pierden sus agresiones las cebas de los años.

Si la vieras cruzando las plazas dilatadas, con su belleza rubia y el aire distraído; los muslos prepotentes, las piernas ignoradas; todo el firme tesoro debajo del vestido.

La veo en las mañanas, las siestas y las tardes — viviente hechicería de la ciudad atroz — como un poema enorme, sin énfasis ni alardes, nacida en el silencio para el vicio de un dios.

A veces he seguido su vasto encantamiento, el hondo poderío de este fruto, salud de rancios desdichados, sin más resarcimiento que madurar sus sueños dentro del ataúd.

He visto en sus ojeras, y el mirar clandestino telepáticas hondas de noches solitarias, tatuajes que no marcan vulgaridades, sino divinos espejismos de sexos y plegarias.

¿Quién sabe los misterios de este vasto organismo?
¿Quién llega a los dominios de su rica nirvana?
¿Será desmesurado como el cuerpo el abismo de su quimera sobre la forma sobrehumana?

Poeta: no la quiero como fría giganta, como tú, al desear los encantos serenos, los prodigios regazos de una ternura santa y al dormirme "besando la sombra de sus senos";

la quiero como un monstruo bendito y formidable de estas pobres ciudades, de estos pobres poetas; su fenómeno adoro — bálsamo saludable — para mi gran fastidio, mis torturas secretas.